

¡Deben irse!

Juan Antonio Isla Estrada

No sabemos cómo. Si los echan o renuncian. Me temo que será lo primero, porque por su cuenta no van a tomar la decisión de dejar la chamba. Tendrá que haber un motín para que sus jefes se den cuenta que no van a ninguna parte con quienes han demostrado, uno deshonestidad y el otro ineptitud.

Las semejanzas entre estos dos hombres que se encuentran contra la espada y la pared son impresionantes. Ambos han fallado y los dos encuentran justificaciones que nadie cree. Ambos están en el ojo del huracán y permanecen como si nada. Ambos se han convertido en un estorbo para los proyectos de quienes les dieron poder, pero paradójicamente éstos, no obstante las críticas, les defienden con el mismo entusiasmo que originalmente tuvieron cuando los nombraron. A ambos se les ha encontrado culpables, pero los dos evaden sus errores con sobrado cinismo. Todos sabemos que están hundidos, salvo sus patrones que tienen la convicción de que aún pueden salvarlos.

Se identifican porque en la 'madre patria' está el origen de sus fortunas y aquí la han acrecentado, porque la ambición es una de sus cualidades que se les hizo defecto, porque han estado cerca de la gloria y no pudieron aprovechar las oportunidades, porque por su actuación se han ganado demasiados enemigos y porque las encuestas en su contra son abrumadoramente mayoritarias. Están conectados por una pésima imagen, por un apuro de grandes proporciones.

Para los mexicanos los dos son una desgracia, algo que nunca debió de haber sido, pero como ahora se dice para ver el vaso 'medio lleno': lo que sucede con ellos representa un 'área de oportunidad' (así la mayoría pensemos que la oportunidad la perdieron en el área chica y no supieron que hacer con el arco abierto). Los mexicanos los condenan de manera unánime. Si pudieran, los colgaban. Pero he aquí que cuentan con el perdón de sus jefes. Así hayan hecho lo que hayan hecho. Con ellos,

sentados en su silla, aún con un mando que no merecen, México pierde, México seguirá perdiendo.

En ningún país democrático se sostiene a un funcionario con un cuestionamiento de este tamaño, menos a un seleccionador con una incapacidad tan evidente. Estamos conscientes que en torno de ambos existan poderosos intereses y que haya 'cláusulas confidenciales' en su contratación, pero esos negocios a los mexicanos no nos incumben. Queremos resultados no pretextos, queremos ética no subterfugios.

El espectáculo de la política se ha degradado tanto que el asunto no es más que un escándalo más, los dirigentes del futbol son tan mafiosos y desvergonzados que son capaces de soportar toda la presión. A los dos temas los une la crisis. Unos quieren llegar al final del sexenio con sus proyectos y compromisos cumplidos a como de lugar. Los otros aspiran a seguir teniendo el jugoso negocio de las televisoras, de millones de seguidores de la deslavada camiseta tricolor y pasar al 'quinto juego' en un Mundial. Si se aferran en sostener a los responsables de estos proyectos, el fracaso es seguro.

Nunca un secretario de gobernación había sido tan tempranamente cuestionado. Jamás un seleccionador nacional había suscitado tantos enconos. Uno y otro representan esperanzas y aspiraciones. Ninguno de los dos asegura el éxito. Más bien, garantizan la decepción. Uno y otro llegaron con enormes expectativas. Los dos han terminado siendo una desilusión, un fiasco. Los dos han traficado con influencias y ambos son defendidos únicamente por los dueños de los intereses que representan.

Por todo lo anterior, por las encuestas en las que miles de mexicanos opinan sobre su necesaria destitución, porque ninguno de los dos representa una posibilidad de triunfo, Juan Camilo Mouriño y Hugo Sánchez ¡deben irse!

